

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS. ASPECTOS Y SIGNIFICACIÓN

1. Mi felicitación más sincera y afectuosa de esta gran solemnidad de la Resurrección del Señor. Hoy culmina el Triduo Sacro, el Santo Triduo Pascual, en el que celebramos los misterios de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. La resurrección es la meta de Jesús y el punto de partida de la Iglesia.

2. En efecto, sin la resurrección, Jesús hubiera sido un mortal más, su vida habría concluido como la de cualquier ser humano, que desaparecería con la muerte. El Padre resucita a Jesús de entre los muertos y le devuelve la gloria que él había dejado para su encarnación. Jesús no ha "revivido" a la misma vida anterior; no; ha resucitado a la gloria de la eternidad. No debe volver a morir, la muerte ya no tiene dominio sobre él, pues ha quedado vencida en su resurrección. Cristo fue la Palabra creadora de Dios (cf. prólogo del evangelio de San Juan); ahora, Cristo engendrada una Nueva Humanidad para Dios. La primera humanidad estaba corrompida por el pecado del Hombre (Adán); ahora, el Hijo se ha hecho Hombre (nuevo Adán) para asumir en sí a la humanidad universal de todo tiempo y lugar y hacerla obediente al Padre.

3. Jesús, en su encarnación, *se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos (Filipenses 2)*. Por el primer hombre entró el pecado en el mundo, de modo que todos heredaron su pecado; ahora, por Jesús, el hombre nuevo, toda la humanidad es fiel a Dios por su obediencia. Jesús sustituyó una religión, una forma de relacionarse los hombres con Dios, basada y fundamentada en el pecado, en la ley y en el castigo, por una Nueva Alianza, un nuevo modo de relacionarse los hombres con Dios: el amor, la misericordia y el perdón. No por nuestros méritos, no porque lo merezcamos, sino *por puro amor de Dios estamos salvados (San Pablo a los romanos)*. Es lo que Jesús llamó "el Reino de Dios". Pronto se ha apresurado el papa Francisco a afirmar algo que les da miedo a muchos teólogos aún hoy en día: Que Dios no condena, solo perdona; que si nosotros -en un acto de libertad- aceptamos ese perdón, estamos salvados; y que, si lo rechazamos, estamos condenados. Pero no es Dios quien condena, sino nosotros mismos al decirle "no" al amor de Dios.

4. La obra de la redención se ha realizado por la muerte y resurrección de Jesucristo. En el evangelio de San Juan Jesús dice: *Nadie me quita la vida, sino que yo soy quien la da voluntariamente*. Jesús acepta la muerte que otros le procuran. Va a Jerusalén consciente de que va a ser apresado y morir. Sabe que en el Monte de los Olivos lo van a detener, pero está en el lugar exacto en el tiempo exacto. Pudo defenderse ante Pilato o ante Caifás, pero no lo hizo. Pudo escabullirse camino del Calvario, abandonar antes de ser clavado en la cruz, pero fue fiel. ¿Por qué fue fiel; acaso Dios tenía

prevista su muerte en la cruz y era deseada por él para su Hijo? No. Jesús pudo entender de qué manera obraría la salvación meditando en los Cánticos del Siervo que, siglos antes, anunciaban el padecimiento y la muerte de un Mesías humilde y no de un Mesías poderoso. Esos cánticos son la primera lectura del Domingo de Ramos, el lunes, martes y miércoles santos y del oficio litúrgico del Viernes Santo. Escritos cientos de años antes de que Jesús naciera, si los leemos pensando en su pasión, parece que nos están contando lo que ya ha sucedido. Esos mismos cánticos contienen la luz de la esperanza en un final feliz, obrado por Dios por la humillación obediente de su Siervo. La voz del Padre, manifestada en el bautismo de Jesús en el Jordán y en la Transfiguración, hablan de su Hijo con las mismas palabras con que Dios habla de su Siervo en los textos de Isaías. Así, Jesús ha sido obediente a Dios y ha sido fiel a la humanidad, pues, con su plegaria de perdón hacia sus verdugos, no reniega de la condición humana que, injusta y humillantemente, le está dando muerte.

5. La resurrección de Jesucristo es la intervención final del Padre, que pone un final victorioso a la vida humana de Jesús. Porque la resurrección es la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte. Y no es una victoria temporal, sino definitiva. Muchas veces, cuando veo que alguien -muy razonablemente- se rebela contra sus cruces y me cuentan que Dios no les escucha porque le piden que les libere de ellas, yo suelo contestarles que están rezando a un Dios que dejó morir a su propio Hijo injustamente en la cruz. La cruz no es deseada por Dios, sino que es el fruto de la injusticia, la crueldad y el desamor de los hombres. Pero, incluso en eso Dios respeta nuestra libertad, hasta, incluso, no impedir la cruz de su propio Hijo. Dios interviene solo al final, donde los hombres ya no pueden intervenir: en el sepulcro, después de la muerte. Parece como que el mal ha ganado la batalla; pero es solo aparentemente, pues donde el mal ha llegado al límite de su influencia, todavía cabe la actuación del Bien, la intervención de Dios: la resurrección.

6. Propiamente dicho, no podemos decir que la resurrección de Jesús sea un acontecimiento histórico, pues el hecho no contó con testigo alguno. El único evangelista -Mateo- que pone guardias en el sepulcro, refiere también que estos estaban dormidos cuando Jesús resucitó. Es decir, no es un hecho encerrado en los límites del tiempo y del lugar como son los hechos históricos; el acontecimiento de la resurrección de Jesús va más allá de la historia porque la trasciende. Jesús ha resucitado pero la historia no lo puede certificar. Lo pueden certificar los que le han visto vivo, los que han comido y bebido con él después de su muerte en el Gólgota. Y, curiosamente, el Resucitado no se deja ver por quienes no creen en él. Solo los que creen pueden contar la experiencia que han tenido de que Cristo vive, de que, en verdad, ha resucitado. Lo mismo hoy: No podremos demostrar a un agnóstico ni a un ateo que Cristo ha resucitado, pero nosotros le hemos

experimentado, le experimentamos, él sale a nuestro encuentro y nosotros lo percibimos lo mismo que percibimos tantas otras cosas que existen y no se ven. Todo esto significa que únicamente en el ámbito de la fe podemos encontrar al Resucitado. No hay ni habrá demostración lógica ni histórica alguna; Dios quiso que este hecho, que es un hecho fundante, dependa exclusivamente del testimonio de quienes lo han visto y de la fe de quienes escuchan el anuncio.

7. ¿Y el cadáver de Jesús? Muchas personas creyentes piensan que jamás puede encontrarse el cuerpo de Jesús. Pero entonces la pregunta es otra: ¿la resurrección es la reanimación del cadáver? Y la respuesta, necesariamente, es "no". En los relatos evangélicos de la presencia de Jesús resucitado, surgen primero los de las apariciones. Los discípulos se encontraron con el Señor, hablaron con él, comieron con él, le pudieron tocar y ver la señal de sus llagas. Pero, pese a ello, esa forma de corporeidad es desconocida para nosotros, pues es capaz de aparecer y desaparecer a voluntad, de atravesar los muros, de desplazarse súbitamente de un lugar a otro sin viajar; y, al mismo tiempo, habla, come... Es decir, la resurrección incluye una corporeidad, pero no nuestra actual corporeidad, sino otra que desconocemos. Los relatos evangélicos del sepulcro vacío surgen años más tarde, quizá décadas más tarde, y tienen una única función meramente apologética. Se alejan, por tanto, en el tiempo, de los hechos ocurridos, cuyo único testimonio eran las apariciones a los discípulos. Algunos autores discrepan en este dato, pero el hecho del sepulcro vacío está ausente completamente en el anuncio del kerygma y en toda la predicación apostólica, mientras que las apariciones sí son argumento frecuente en el anuncio tanto a los judíos como a los gentiles.

8. Como ya he dicho antes, la resurrección es un acontecimiento fundante. Hasta entonces, todos eran judíos. Jesús era judío y no rompió con el judaísmo. Su madre era judía y también sus discípulos. La idea de Jesús era transformar el judaísmo en algo universal y hacer que diera el paso desde la religión de la ley y el castigo a una forma nueva de relacionarse con Dios, la del amor y la misericordia. Esto el judaísmo no lo hizo, pero a nosotros se nos dan las cosas ya hechas, cuando, en realidad, llevaron su proceso y hubo sus dudas y vacilaciones. El acontecimiento de la resurrección hizo la reunificación de los discípulos dispersos, quienes, al recibir el Espíritu Santo, prometido por Jesús, comenzaron a anunciar su resurrección. Con ello empezaron las conversiones, pero solo de judíos. Fue en un segundo momento cuando los apóstoles comprendieron que Jesús deseaba la universalidad del concimiento de Dios y de su reino. Fue entonces cuando se abrieron a los pueblos paganos. Esto no fue bien aceptado por los que se habían convertido del judaísmo, lo que dio lugar al llamado "Concilio de Jerusalén". Por otra parte, los primeros predicadores seguían yendo, como Jesús, a hablar a las sinagogas. Pero los judíos se molestaban cada vez más

no solo porque no aceptaban que Jesús fuera el Mesías esperado, sino porque también cada vez aumentaba el número de judíos que se hacían bautizar. El incendio de Jerusalén el año 70 hizo que el judaísmo se replegara más y más sobre sí mismo y se acabó con la expulsión de los cristianos de las sinagogas. En ese momento, los llamados "nazarenos" eran ya conocidos como los "cristianos". El mensaje de la resurrección de Jesús separa, por tanto de manera definitiva, a los cristianos de los judíos. Se ha fundado la Iglesia del Señor.

9. La Iglesia es la Nueva Humanidad reconciliada en el amor. Jesús ha obrado la salvación para todos los pueblos, ¿qué nos distingue, pues, a los que somos Iglesia de todos los demás? La fe en que Jesús es el Hijo de Dios muerto y resucitado. Esa es la diferencia sustancial. Jesús, en su vida pública, iba incorporando discípulos a su grupo nómada y viajero. En la Pascua, esos discípulos fueron el germen de la Iglesia. Con la predicación de los apóstoles, se fueron fundando comunidades por todo el mundo entonces conocido. La comunidad de Jesús comenzó a ser universal, había nacido la Iglesia. La fe en el Resucitado es lo que nos une; pero nos une realmente, pues es la que nos hace hermanos y la que nos lleva a la vida eterna. En el evangelio de Juan, Jesús se aparece a los apóstoles, pero Tomás no cree porque **no estaba con la Iglesia**. Solo en su seno Tomás será capaz de creer. Y es que la fe cristiana se predica y se testimonia; y por esa palabra y ese testimonio, otros se van incorporando a ella, quienes, a su vez, deberán enseñar y testimoniar a otros, y así, sucesivamente, todos formamos la misma comunidad, la misma familia. La pertenencia a la Iglesia nos abre las puertas de la fe (bautismo) en el Resucitado y nos incorpora a la propia resurrección de Cristo. Por eso, la muerte del cristiano no es algo solo doloroso: es, en verdad, la participación de su gloria y de su vida eterna. En su muerte, pues, Jesús ha vencido nuestra muerte y nuestro pecado; en su resurrección nos ha dado la vida eterna a cuantos creemos en él.

10. Todo esto es motivo para vivir en la alegría y la esperanza. Las cruces duelen, el sufrimiento y el dolor existen, pero sabemos que Dios intervendrá al final de nuestras vidas para darnos una felicidad eterna (mucho más larga que estos padecimientos de ahora). Pues lo que ha acontecido en Jesús, eso mismo acontece en la vida de los que creen en él. Vivamos en la esperanza y llevémosla también a otros, pues todos tienen derecho a conocer que son amados por Dios y que su destino es ser feliz para siempre. Con este gozo celebramos la Resurrección del Señor y cantamos llenos de alegría: "Gloria a Dios... Aleluya, aleluya...".

JUAN SEGURA